

ANTONIO DI BENEDETTO,
El silenciero,
Buenos Aires, Adriana
Hidalgo Editora,
2016, 6ta. ed.

Uno de los descubrimientos intelectuales más gratos que me han ocurrido a mis sesenta y dos mayos es la narrativa del escritor argentino Antonio Di Benedetto (Mendoza 1922-Buenos Aires 1986). Lo descubrí gracias a la película de su compatriota Lucrecia Martel, *Zama*, basada en la novela del mismo nombre, cuyo autor es Di Benedetto. La película me llevó a la novela y la novela a otros libros de este formidable autor, un tanto opacado por los monstruos de la literatura argentina: Borges, Cortázar, Arlt, Piglia, entre otros. Así es como llegué a *El Silenciero* (Adriana Hidalgo editora, 2016. La primera edición apareció en 1964), libro con el cual me he identificado de manera sorprendente, hasta preocupante, diría. Llegó un momento que parecía que no lo estaba leyendo sino escribiendo. Que los ruidos que escuchaba el personaje eran los ruidos que yo escuchaba. Que esos ruidos me estaban volviendo loco (o esquizofrénico, para utilizar una palabra más elegante y más científica).

Y es que, a medida que nos vamos haciendo viejos, los ruidos –al menos ese es mi caso– nos

perturban y nos alteran. Buscamos el silencio como un tesoro, como un refugio. *El silenciero o el Hacedor de silencios*, como lo llama el también novelista argentino Juan José Saer) es en la novela de Di Benedetto un escritor (nunca se menciona su nombre) que acaba de casarse, que vive con su mujer, su niño recién nacido y su madre en un pequeño departamento de una ciudad que, a todas luces, es una que se extiende en una de las dos orillas del Río de la Plata (aunque Di Benedetto pone una acaloración al comienzo del libro que dice: “*De haber ocurrido, esta historia supuesta pudo darse en alguna ciudad de América Latina, a partir de la posguerra tardía -el año 50 y su después resultan admisibles-*”). Es un escritor, el personaje de Di Benedetto, con una obra que no arranca; que tiene un solo amigo: *Besarión*, extraño ser que siempre está escabulléndose, viajando por ciudades europeas que nunca se sabe si son inventadas o son verdaderas coartadas para *no estar*; que necesita, como he dicho, del silencio para trabajar (Proust, recordemos, hizo acolchar su habitación para no tener ningún ruido perturbador y así escribió su monumental *En busca del tiempo perdido*), y que, para su desgracia, siempre hablo del escritor de la novela, vive junto a una mecánica automotriz (una verdadera deshuesadera) que le perturba día y noche con sus ruidos espeluznantes. El pobre ser atormentado se cambia

de domicilio y siempre se encuentra con lugares llenos de ruidos atroces. Trata de autodestruirse, de dañarse los oídos para volverse sordo, pero antes lucha, lucha denodadamente, porque los municipios (siempre los inefables municipios) adopten resoluciones contra el ruido sin resultados positivos. Por último le terminan incriminando por la muerte de su amigo *Besarión* y va con sus huesos a parar en una inmundicia cárcel (cómo no, llena de ruidos).

Novela fascinante, como he dicho, de apenas 180 páginas, a la que algunos críticos consideran parte de una trilogía novelística, integrada por la ya mencionada *Zama* y *Los suicidas*. Acaba precisamente de aparecer una edición novísima en Argentina donde están las tres novelas en un solo volumen, al que titulan *Trilogía del extrañamiento*. Juan José Saer, en el prólogo a la edición de *El silenciero* que cayó en mis manos, considera esta trilogía como “uno de los momentos culminantes de la narrativa en lengua castellana de nuestro siglo”, y no exagera. Las novelas de Di Benedetto han perdurado en el tiempo, se han convertido en clásicos de la narrativa latinoamericana. Al contrario de muchas obras de autores (también argentinos y de otros lares) que parecían llamadas a perdurar (por el bombo que les dieron) y que ahora nadie las lee ni las busca.

En su afán por suprimir los ruidos, el escritor de la novela

investiga en la historia las luchas contra el ruido y lamentablemente todas son batallas perdidas. Por ejemplo reproduce un cuento fenicio anterior a la era cristiana que dice así: “*Un poeta vive en la casa de un herrero y la de un calderero/Martirizado por los ruidos, les da dinero a los dos para que se muden/Ellos aceptan y cumplen: el calderero se muda a la casa del herrero y el herrero se instala en la casa del calderero*”. O para reforzar su lucha busca ampararse en pensamientos filosóficos y encuentra este de Schopenhauer: “*Igual que un diamante, una vez cortado en pedazos, no tiene más valor que tantos más pequeños, o igual que un ejército, si es dispersado, es decir, disuelto en pequeños grupos, no puede ya cumplir nada, así también un gran espíritu no puede realizar más que uno más pequeño, una vez que es interrumpido o molestado, distraído o desorientado; puesto que su superioridad es condicionada por su capacidad de concentrar todas sus fuerzas en un solo punto y objeto, como un espejo cóncavo todos sus rayos; y eso se lo impide la interrupción ruidosa*”.

Libro, este de Di Benedetto, que es un alegato contra el ruido que mata la creación o una inmensa broma de este gran autor argentino sobre las impacencias y dolores de los atormentados escritores.

Galo Galarza Dávila